

Todo era anómalo y extraño en el movimiento de Barcelona. La Junta resolvió enviar una comision al Capitan general para decirle que, ó se adhiriese al alzamiento, ó resignase el mando; pero ya el Conde de Chestre habia dispuesto que el brigadier Vargas, con un batallon y cien mozos de escuadra, fuese á ocupar militarmente la plaza de San Jaime, y á posesionarse de los edificios del Ayuntamiento y Diputacion. La presencia de las tropas ocasionó carreras en la Rambla y calles contiguas, y la plaza quedó instantáneamente despejada, retirándose la Junta á una casa particular, donde permaneció reunida, esperando que la situacion se despejase por sí misma sin necesidad de apelar á la fuerza, como no podia menos de suceder.

Entre tanto las autoridades se hallaban aturdidadas, y el Conde de Chestre, como poseido de una especie de frenesí, luchaba consigo mismo sin saber qué hacer. El Gobernador civil habia convocado á la Diputacion provincial y al Ayuntamiento; pero no acudió á la cita: los diputados provinciales que se reunieron, cansados de esperarle, salieron en su busca, y no le encontraron en su domicilio: se les dijo que no habia ya más autoridad que la del Capitan general, y que este se hallaba en la Casa consistorial. Serian las once de la noche cuando la Junta recibió el falso aviso de que las tropas situadas en la plaza de la Constitucion se habian adherido al movimiento, y en consecuencia se dirigió allí; pero el brigadier Vargas manifestó á sus individuos que iban engañados, y les rogó que se retirasen. Mientras estaban en conversacion con él, se anunció la llegada del Conde de Chestre, que se presentó sombrío y vivamente agitado en el Salon de Ciento, donde vagaban como sombras algunos concejales y los diputados que habian vuelto de su excursion nocturna. Los individuos de la Junta desaparecieron.

El Capitan general, dando largos paseos por el salon, dirigió la palabra en términos duros y desconcertadas frases á los que allí estaban; después de lo cual se marchó, y todos hicieron lo mismo. Habíase dado orden á los jefes de los cuerpos de que aguardasen instrucciones en los cuarteles, y todos estaban dispuestos á obedecer lo que se les mandase; pero á las cuatro de la mañana del 30 supieron con asombro, y algunos con despecho, que el Conde de Chestre habia desaparecido, yéndose con los generales Turon, Moltó, Villalobos y todo su Estado mayor á Cervera, donde se hallaban concentrados algunos batallones, y dejando encargado del mando militar del distrito al general Basols. Ni este general, ni las tropas de la guarnicion sabian á qué atenerse, y resolvieron permanecer neutrales.

En cuanto amaneció, la Junta revolucionaria tomó posesion de las Casas consistoriales, y dió una alocucion á los catalanes anunciándoles el triunfo de la revolucion, y aconsejando á todos la tranquilidad y el órden: nombróse un nuevo Ayuntamiento y una nueva Diputacion, y á los dos dias, sabiéndose ya que la Reina habia abandonado el territorio español, y que el Conde de Cheste marchaba tambien camino de la frontera, se pronunció el ejército de Cataluña, celebrándose este acontecimiento con música y festejos. No hubo que lamentar ninguna desgracia.

El movimiento revolucionario revistió en Zaragoza cierto carácter de ferocidad. No bien se divulgó el resultado de la batalla de Alcolea, comenzaron á agitarse las turbas de antemano preparadas, y al cerrar la noche, asaltaron tumultuosamente el palacio de la Diputacion provincial, dando furiosos gritos y pidiendo la cabeza del Gobernador civil, que allí tenia su residencia; invadieron las salas, y no encontrando al Gobernador, que logró escapar por las tapias de un jardin, destrozaron el retrato de la Reina y algunos muebles y objetos de mérito, y quemaron varios papeles, en tanto que se formaba una Junta en medio de aquel desórden.

Al mismo tiempo se dirigian otros grupos muy numerosos á la casa del Ayuntamiento, y habiendo encontrado alguna resistencia de parte de los guardias municipales que la custodiaban, rompieron las puertas con hachas y picos, penetraron furiosos en el edificio é hicieron prisionera aquella fuerza, asesinando á su jefe. Mientras las turbas arrastraban por las calles con algazara infernal á este infeliz, víctima del cumplimiento de sus deberes, algunos desalmados prendian fuego al palacio arzobispal, que no ardió gracias á la intervencion oportuna de varios republicanos influyentes. A todo esto, el capitan general, D. Anselmo Bláser, habia huido, dejando el mando al Segundo cabo, y las tropas permanecian encerradas en los cuarteles. A la mañana siguiente se abrieron estos; entregáronse al pueblo las armas del Parque de artillería, y el paisanaje y los soldados, algunos ébrios y en el estado más degradante, recorrieron la poblacion con una banda de música, dando *vivas* y *mueras* y derribando la corona real de los escudos de armas de España donde quiera que se encontraban.

Durante algunos dias continuó aquella zambra, creciendo en vez de sosegar las furias del populacho, que comenzó á buscar con ahinco algunas personas para saciar en ellas venganzas particulares. Un desdichado que cayó en sus manos, y de quien se sospechaba que habia pertenecido á la policia secreta, fué arrastrado por las calles, y fusilado en frente mismo de la Diputacion, donde se hallaba el presi-

dente de la Junta y gobernador civil de Zaragoza, D. Angel Gallifa. Otros tres ó cuatro individuos fueron apresados por las turbas; pero las autoridades revolucionarias les salvaron milagrosamente la vida.

Por su parte, aquellas autoridades improvisadas solo supieron dictar medidas de destruccion, mandando derribar la puerta del Angel, la del Sol, la de la Triperia y otras, y el convento de Santo Domingo, edificio notable por su rica arquitectura y por sus recuerdos históricos, como que en una de sus salas se habian reunido más de una vez las célebres Córtes del antiguo reino de Aragon.

Valladolid fué tambien teatro de escenas repugnantes. El general Calonge, que se habia retirado á aquella ciudad después de haber vencido la insurreccion de Santander, no recibió el dia 29 los partes que á las demás autoridades dirigió el Marqués de la Habana, porque este general dejó de comunicárselos, creyendo que podria verle á su paso para San Sebastian; pero recibió el telégrama del general Ros de Olano, y por otro conducto indirecto supo lo de Alcolea. Desconfiando de la veracidad de estos partes, pidió por el telégrafo explicaciones al Ministro de Estado y á los capitanes generales de las provincias Vascongadas y Aragon: los primeros no contestaron; el último confirmó las noticias de Andalucía y Madrid.

Entonces el general Calonge resolvió marchar á ponerse á las órdenes de la Reina, confiando el mando de la guarnicion al general Orozco, persona indicada para mantener el órden en la ciudad, y dispuso que al amanecer del dia 30 formasen todas las tropas en el *Campo Grande*. Así se hizo, sin que en Valladolid se notara el menor síntoma de perturbacion. El Capitan general revistó las tropas, las entregó á su sucesor, y partió en un tren especial, llevándose consigo el batallon de las Navas y la Guardia civil de Burgos.

El general Orozco entró en Valladolid con la guarnicion, tocando las bandas el himno de Riego; envió las tropas á los cuarteles, se ocupó en seguida en nombrar una Junta de personas notables, reservándose la presidencia, y anunció al público por medio de una proclama, que se fijó en las esquinas, el cambio político operado. Creia que de este modo se llevaria á cabo el movimiento sin el menor trastorno; pero ya el pueblo bajo pululaba en las calles pidiendo á gritos cosas imposibles; y mientras parte de aquellas masas corrian á incendiar las casillas de los guardas de puertas y consumos, otras turbas, capitaneadas por hombres oscuros y sin prestigio, se amotinaban contra el general, arrancaban su proclama de las esquinas,

disolvian la Junta por la fuerza, y nombraban otra á la que pudieran imponer su voluntad ó sus caprichos.

Desde entonces siguió la revolucion en Valladolid un curso desordenado, que infundió terror á los habitantes pacíficos; es decir, á la inmensa mayoría de la poblacion. El exgobernador de la provincia estuvo á punto de ser víctima de las turbas desenfrenadas, que obedecian como instrumentos ciegos las instigaciones de un ente ruin y vengativo. El brigadier Campuzano fué barbaramente atropellado por el populacho, que queria matarlo, creyendo que era el general Calonge. Los templos fueron profanados, estableciendo en uno de ellos un club republicano con el título de *Templo de la libertad*; y por último, se arrancó de la Junta ó de algunos de sus individuos una autorizacion para destruir las campanas de las iglesias, á fin (decian) de convertirlas en moneda, y sacar así á la ciudad de sus apuros financieros... Tal fué al menos el pretexto con que se alucinó al vulgo ignorante para inducirle á cometer este acto vandálico. Las turbas asaltaron los campanarios, y rompieron á martillazos todas las campanas, menos una en cada templo, sin reportar de ello utilidad alguna, pues los pedazos de metal quedaron esparcidos en las mismas torres, demostrando bien á las claras que los autores de tan execrable atentado sólo se habian propuesto hacer alarde de su impiedad estúpida. Entre las campanas destruidas por los demagogos de Valladolid, lo fué la que en la iglesia de San Miguel se conservaba como un precioso monumento histórico, porque con ella se dió la señal para el famoso levantamiento de las Comunidades de Castilla.

¿Qué negra fatalidad guiaba los pasos de los revolucionarios de Setiembre? En Zaragoza demolian el santuario donde se reunieron las antiguas Córtes aragonesas; en Valladolid trituraban el instrumento que clamó contra las primeras invasiones del absolutismo; en casi todas partes chocaban con el sentimiento público, haciendo menosprecio de las creencias religiosas, siempre respetables: diríase que estaban predestinados á borrar hasta el recuerdo de las antiguas glorias y de las libertades patrias. Sin embargo, en aquellos dias el entusiasmo revolucionario arrastraba la generalidad de los ánimos, y los excesos de todo género eran considerados como meros accidentes, como pequeñas nubecillas en un cielo sereno. La multitud que no piensa vivia de ilusiones, concibiendo las más lisonjeras esperanzas de un porvenir venturoso: no habia llegado aun la época de los desengaños.

## VIII.

Triunfante la revolucion en todas las capitales de España; sublevadas las tropas de Burgos, Vitoria y Pamplona, y amenazada la Corte en San Sebastian por los emigrados, que, apoyándose en los carabineros de la frontera y en la guarnicion de Santoña, intentaban pasar el Bidasoa, mientras que podia presentarse en aquella bahía una parte de la escuadra del Ferrol con fuerzas de desembarco, la Reina, que ya habia pensado retirarse á Francia, tomó al cabo esta suprema y dolorosa resolucion.

El dia 30 de Setiembre, cerca de las diez de la mañana, salió doña Isabel de su casa alojamiento para dirigirse á la estacion del ferrocarril, donde la esperaba un tren especial. “Estaba lívida como la cera, dice un testigo presencial de esta triste escena; su cuerpo, presa mortal del abatimiento, el cabello descompuesto, y los ojos visiblemente enrojecidos. Miró al público con cierta majestad, y el público todo saludó respetuoso aquella gran desgracia <sup>1</sup>.”

Acompañaban á la Reina destronada su esposo D. Francisco de Asís y sus hijos; el infante D. Sebastian y su esposa; el duque de Motezuma, en calidad de mayordomo mayor; el Marqués de Villamagna, de caballero mayor; el intendente de Palacio, Sr. Morfori; el Conde de Ezpeleta, jefe del cuarto del Príncipe de Asturias, el arzobispo confesor, P. Claret, y otras quince personas, generales, gentiles-hombres y damas de alta categoría, entre ellas la señora Marquesa de Novaliches, que aun no sabia la gravedad de la herida de su esposo. Además iban, en calidad de criados, diez y seis individuos de ambos sexos, y como escolta de honor una compañía de Ingenieros y un zaguanete de Alabarderos.

La Diputacion provincial y el Gobernador civil de Guipúzcoa, el Cónsul francés con su canciller acompañaron tambien á doña Isabel II hasta dejarla en el primer pueblo de Francia.

El tren especial destinado á la familia real española y á su corte partió de San Sebastian á las diez de la mañana, y apenas el humo de la locomotora se perdió en-

Anónimo, citado por D. M. Ibo Alfaro, *Historia de la interinidad española*.

tre las sinuosidades de las vecinas montañas, resonaron en la ciudad los repiques de campanas, las orquestas y los vivas que saludaban á la revolucion naciente: allá iba la Monarquía triste y silenciosa, el pasado con todos sus recuerdos; acá quedaba el presente alegre y bullicioso, rebosando de lisonjeras esperanzas.

A las diez y media llegó el tren á Hendaya, y casi al mismo tiempo se detuvo en aquella estacion otro tren que venia de Bayona, y del cual salieron el general Castelnau, un chambelan del Emperador de los franceses y un ayudante de órdenes, enviados por los emperadores para recibir y saludar á la Reina: con ellos venia tambien el embajador español D. Alejandro Mon. El general Castelnau y sus acompañantes fueron introducidos en el wagon real, mientras los alabarderos é ingenieros bajaban y se formaban en filas, teniendo cada compañía un tambor á la cabeza. Cuando apareció la Reina, apoyada en el brazo del Rey, y seguida de los infantes, los tambores tocaron la marcha real, que á los oidos del público que presenciaba grave y silencioso esta escena, resonó tristemente como una marcha fúnebre. Todos los circunstantes, incluso algunos republicanos franceses que allí habia, y segun confesion propia, sintieron una dolorosa impresion ante el espectáculo de aquella gran desgracia.

En la estacion de Hendaya se habia preparado un parco almuerzo, que apenas fué probado. La Reina se sentó á la mesa, de frente al público; el Rey en el lado opuesto, y entre ambos el infante D. Sebastian y los niños. Doña Isabel estaba profundamente conmovida, y al fin no pudo contener las lágrimas, que brotaron arroyos de sus ojos: las damas se echaron á llorar tambien, y el jóven Príncipe de Asturias dió muestras de una sensibilidad extremada para sus pocos años, tomando parte en el dolor de su madre, y llamando poderosamente la atencion de cuantos le contemplaban; pues comprendian que, no la pérdida de un trono, sino el amor filial, era lo que tan profundamente afectaba el corazon de aquel niño inocente.

No menos dolorosa impresion causó á los espectadores de aquellas escenas el acto de despedirse la Reina de los alabarderos é ingenieros, dándoles á besar su mano. En aquel momento, dice un testigo presencial, vióse correr más de una lágrima por rostros poblados de barbas.

Por una coincidencia singular, en el tren que venia de Francia conduciendo algunos wagones destinados á la familia real de España, llegaron á Hendaya algunos emigrados, que regresaban alegres á su patria. Detenido el tren para desenganchar aquellos coches, los emigrados tuvieron ocasion de ver partir á la Reina y á su co-

mitiva, y hubo entre ellos quien insultase á voces á la noble señora que, no ya por reina, sino por desgraciada, merecia el respeto de todos.

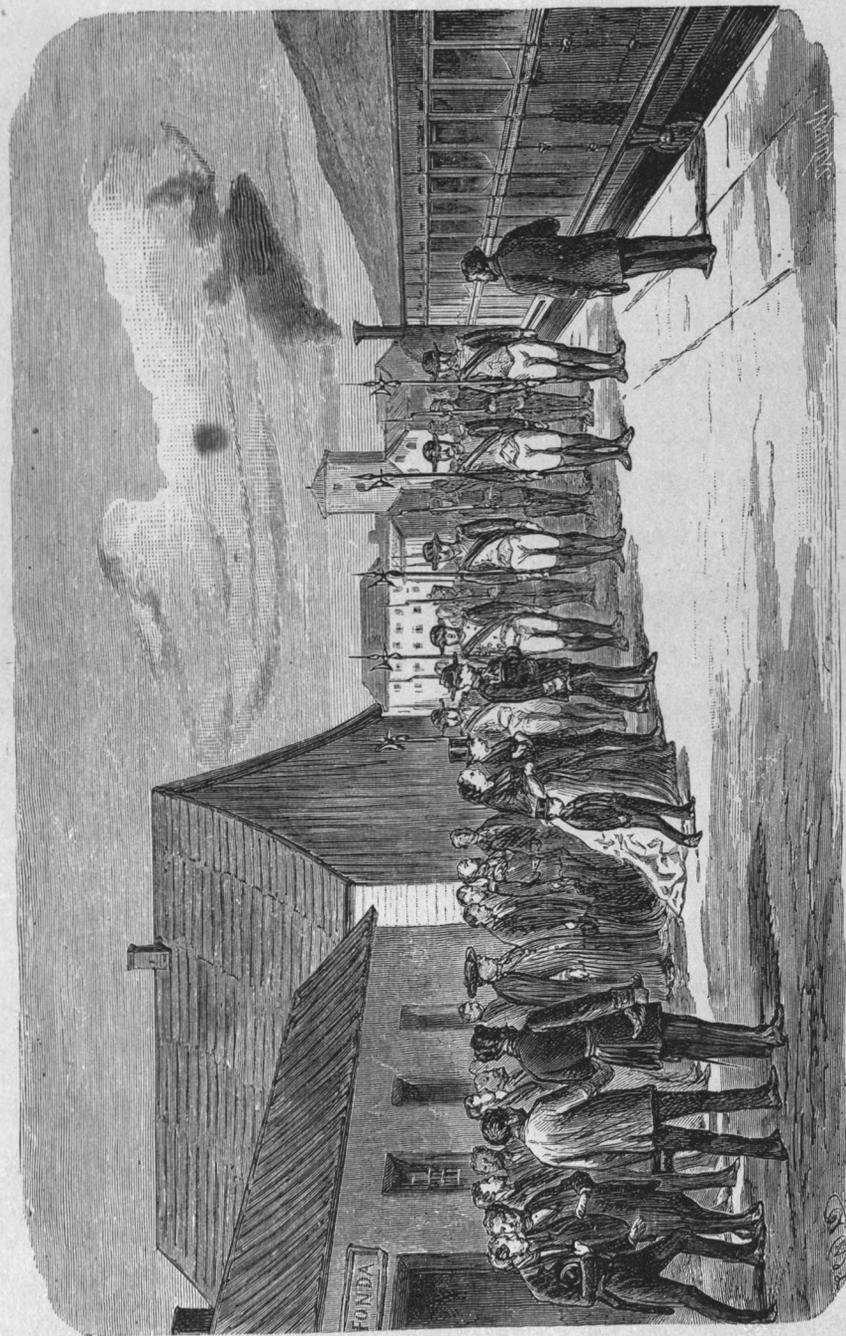
En la estacion de la Negrera esperaban á doña Isabel los emperadores de Francia, con otros personajes de su corte y el Cónsul de España en Bayona. La emperatriz Eugenia se adelantó á recibir á la que un tiempo fué su soberana, y que bajando del coche, corrió á echarse en sus brazos: ambas permanecieron abrazadas algunos momentos sin poder proferir palabra, mientras el Emperador aguardaba, en pié y descubierta, á cierta distancia. Retirados luego al interior de la estacion, el Emperador y la Emperatriz mostráronse sumamente afectuosos con la infeliz Reina, y le ofrecieron su palacio de Pau, antigua residencia de Enrique IV.

Desde aquel palacio dirigió doña Isabel II, el mismo dia 30 de Setiembre, un manifiesto á los españoles, del cual deben quedar aquí consignados los más importantes párrafos.

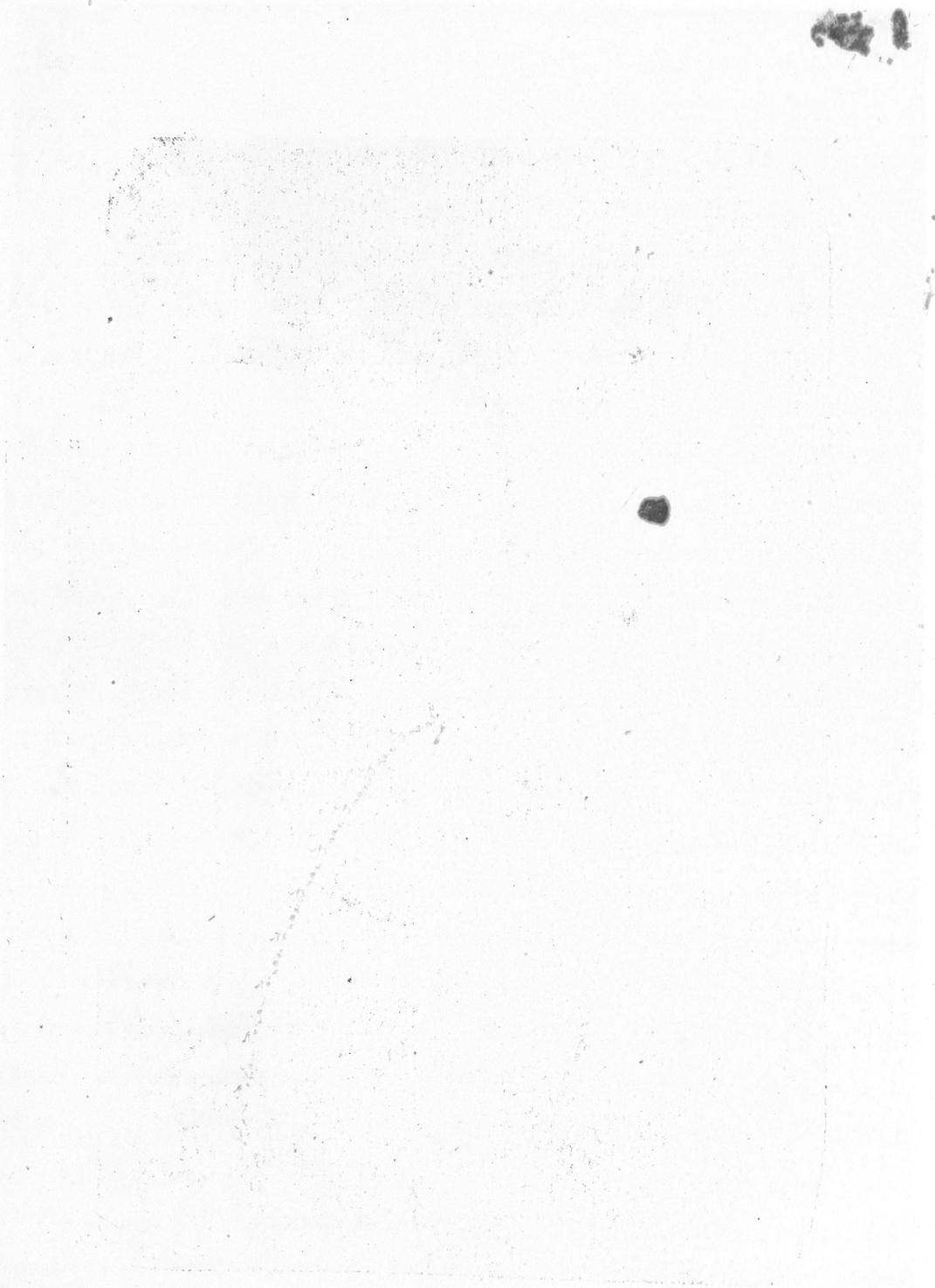
“Una conspiracion (decia), de que no ofrece ejemplo la historia de ningun otro pueblo de Europa, acaba de sumir á España en los horrores de la anarquía. La Marina y una parte del Ejército, que la nacion sostenia generosamente, y cuyos servicios he recompensado siempre con placer, olvidando sus gloriosas tradiciones, han roto sus sagrados juramentos y vuelto las armas contra la patria, á la que van á envolver en la desolacion y la ruina. El grito lanzado por los rebeldes en la bahía de Cádiz, y repetido en diversas provincias por una parte del Ejército, resuena en el corazon de la mayoría de los españoles como el ruido precursor de una tempestad en que corren peligro los intereses de la religion, los fueros de la legitimidad y del derecho, la independenciam y el honor de España.

„La triste série de traiciones, los actos de increíble deslealtad, que se han llevado á cabo en pocos dias, ofenden más mi orgullo de española, que mi dignidad de reina. Esa dignidad no concibe, no puede concebir la idea de que, ni aun en medio del delirio de los mayores enemigos de la autoridad, el poder público, que tan elevado origen tiene, pueda ser conferido, modificado y suprimido por medio de la fuerza material, por la ciega influencia de batallones seducidos.

„Si ciudades importantes, si poblaciones numerosas, cediendo á la intimidacion y á la violencia, se han sometido momentáneamente al yugo de los insurrectos, muy pronto el sentimiento público, herido en lo más noble y más sagrado, se rehará y mostrará al mundo, que, gracias al Cielo, los eclipses de la razon y del honor son muy pasajeros en España.



Llegada á Francia de la familia Real de España.



„Mientras llega ese momento, después de una madura reflexión, he creído conveniente, como Reina legítima de España, buscar en el territorio de un augusto aliado la seguridad necesaria para obrar en circunstancia tan difícil como lo exige mi calidad Real y el deber en que me hallo de transmitir intactos á mi hijo los derechos consignados en la ley fundamental del Estado, reconocidos y jurados por la nación, y consagrados por los esfuerzos de treinta y cinco años de sacrificios, de vicisitudes y de mútua afección.

„Al pisar este territorio extranjero, con el corazón y los ojos vueltos hácia la que es patria mia y de mis hijos, me apresuro, pues, á formular ante Dios, los reyes y los hombres, una protesta explícita y solemne; la protesta de que la fuerza mayor á que obedezco al dejar mi reino; no amengua la integridad de mis derechos, ni los atenúa, ni los compromete; la protesta de que los actos del Gobierno revolucionario, y mucho menos las resoluciones de las asambleas que pueden formarse bajo el impulso de los furros demagógicos, bajo la presión de las conciencias y de las libertades, no podrán tampoco perjudicar en lo más mínimo mis derechos.....

„El insensato orgullo de unos cuantos ambiciosos y de otros tantos extraviados conmueve y transforma momentáneamente la nación entera, sembrando por todas partes la confusión en los ánimos y la anarquía en la sociedad. Ni aun para estos ambiciosos y extraviados guardo ódio alguno en mi corazón de reina y de madre. El dolor que me inspiran sus mezquinos sentimientos pierde mucha parte de su intensidad con el contacto de la vivísima ternura que me inspiran los súbditos leales que han expuesto su vida y derramado su sangre en defensa del trono y del orden público, y del afecto de los españoles todos que han presenciado con dolor y espanto el espectáculo de una criminal insurrección, triste y aflictivo paréntesis en el curso de nuestra civilización.

„En la noble tierra desde la cual os dirijo la palabra, y donde quiera que me halle, sufriré sin abatirme mi infortunio, que es el infortunio de España.....

„La monarquía, obra de quince siglos de luchas, de victorias, de patriotismo y de grandeza, no puede sucumbir para siempre en quince días de perjuros, de traición y de motines. Tengamos, pues, fé y confianza en el porvenir: las glorias del pueblo español han sido siempre las glorias de sus reyes: las desgracias de sus reyes han hallado siempre eco en el noble pueblo español.—Para la justa, equitativa y patriótica aspiración que firmemente abrigo, y sin duda abrigais vosotros, de mantener el

derecho, la legitimidad y el honor, contad siempre con la decision enérgica y el maternal amor de vuestra reina, ISABEL.,,

Con menos acrimonia en algunas frases, con menos altivez intempestiva en otras, habria ganado mucho en dignidad este documento, que sin duda alguna era más acertado en la prevision del porvenir, que en la apreciacion del sentimiento público al tiempo de darse á luz. Hablábase á los españoles de anarquía; y los españoles solo veian, unos con júbilo, otros con asombro, el triunfo pacífico de una revolucion trascendentalísima: la anarquía, salvo raras excepciones, no aparecia en la superficie de la sociedad; estaba en el fondo de las ideas y de los hechos consumados.

## IX.

La comision que salió de Madrid en busca del Duque de la Torre, llegó á Córdoba el 30 de Setiembre, y no fué muy cordialmente recibida por el vencedor de Alcolea, que, pensando mal de ella en el primer momento, creyó que llevaba por objeto entretenerle allí para dar tiempo á que se le adelantara el general PRIM, y recibiera con anticipacion á él en la capital los honores del triunfo: tal presuncion no era sólo imputable á esa pueril vanidad, á que suelen rendir tributo de igual modo los grandes actores de la política y los del teatro, sino tambien y principalmente al interés de preponderancia en la marcha de los sucesos, toda vez que, ni antes, ni después de la revolucion, estuvieron sus prohombres acordes en las soluciones futuras, como tampoco lo estaban en ideas los diversos partidos coligados á que aquellos pertenecian. Así es que uno de los secretos motivos que hubo para alejar de Andalucía al Marqués de los Castillejos, fué el de impedir que tuviese la mejor parte en la victoria.

Fácilmente se desvanecieron, sin embargo, los recelos que concibiera el Duque de la Torre, mediante las satisfacciones que en el acto se le dieron, y más aun habiéndose recibido en Córdoba un telegrama de Cartagena, por el que se anunciaba que el general PRIM habia salido de aquella ciudad á recorrer las costas de Levante. Tranquilizado el Duque, participó á la Junta de Madrid que marcharia sin demora conforme con los deseos de la misma, tan luego como hubiera fijado la situacion de las tropas que mandaba el Marqués de Novaliches; y en efecto, el dia 2 de Octubre

por la mañana partió aquel general para Madrid, con la comision y gran parte del ejército revolucionario. En Andújar dispuso que se quedase uno de los comisionados, D. Estanislao Figueras, para acompañar al infante de España, conde de Girgenti, que al frente de un regimiento de Coraceros se había portado dignamente en Alcolea, y proveer á su seguridad hasta dejarlo en salvo fuera del reino; lo que así se hizo, conduciéndole á Portugal.

El dia 3 de Octubre se aguardaba en Madrid con febril impaciencia al Duque de la Torre, que retrasó dos horas su llegada por efecto de las demostraciones entusiastas con que era saludado á su paso en todos los pueblos, y tambien por haberle detenido en Pinto un motivo noble y honroso. Encontrábase allí en un estado gravísimo el Marqués de Novaliches, y el vencedor de Alcolea no quiso pasar adelante sin visitar á su valiente cuanto desgraciado adversario. La entrevista de los dos generales fué realmente conmovedora: el Duque de la Torre abrazó con muestras del más vivo sentimiento el caudillo de las tropas leales, que, no pudiendo hablar, expresó con los ojos y las manos su profunda emocion, y pidiendo por señas papel y pluma, escribió: *Admiro á mis vencedores.*

A las cuatro de la tarde de aquel dia, la estacion de Atocha, todas sus avenidas y las alturas que la rodean estaban ocupadas por un gentío inmenso y por numerosas comisiones que habian acudido á recibir y saludar al caudillo de la revolucion. La llegada del tren que le conducia produjo un movimiento indescriptible en aquellas muchedumbres fanáticas. El Duque de la Torre fué acogido con aclamaciones de júbilo por un centenar de amigos políticos y particulares, que le aguardaban en el anden de la estacion, y que se disputaban afanosos el placer de abrazarle ó estrechar sus manos. Vestido con el uniforme de capitán general y llevado en bilo, salió á la plaza donde se le tenia preparada una carretela, cubierta de coronas de laurel y ramos de flores; pero no pudo subir á ella por impedirlo el público, que vitoreándole sin cesar, se agolpó sobre él, sin dejar apenas espacio para que se acercáran las diversas comisiones que acudian á felicitarle. Complaciente con la multitud, que ansiaba verle, montó el Duque á caballo, y organizada con gran dificultad su comitiva, emprendió la marcha hácia la carrera de San Jerónimo, cuyos balcones se hallaban colgados y llenos de gente. Parte de la Junta revolucionaria le recibió en las gradas del Congreso de los diputados, acompañándole después al Ministerio de la Gobernacion, donde aquella celebraba sus sesiones.

El Duque de la Torre apareció en el balcon principal de aquel edificio, juntamen-